

Yugoslavia: el fin de una "ilusión"

*La sangre y la pertenencia están en la mente,
no en el suelo.*

Lester Thurow

Cuerpos mutilados, niños hambrientos, pueblos destruidos, refugiados presos de la desesperación y el miedo... Los medios de comunicación se han aplicado a fondo mostrar al mundo el sufrimiento que abate a la población de Kosovo y también, una vez que la OTAN ha intervenido en el conflicto, sobre el territorio yugoslavo. Las noticias se multiplican sin cesar y es difícil hacerse una idea de conjunto de unos acontecimientos cada vez más difusos y que escapan muchas veces —ante el dominio de la fragmentación mediática— a la comprensión racional, que exige verlos como expresión de una dinámica histórica particular, propia de las naciones balcánicas a lo largo del siglo XX.

No cabe duda que la situación actual de los balcanes es sumamente compleja, por lo cual cualquier análisis corre el riesgo o bien de ser superficial o bien de repetir las tesis, no del todo coherentes entre sí, que se defienden en diversas publicaciones internacionales. El propósito de este comentario no es repetir lo que otros ya han apuntado sobre la crisis yugoslava, sino explorar algunos elementos de ella que, en general, han sido escasamente tratados. En este marco, es pertinente señalar que los diversos análisis sobre el tema o bien legitiman el accionar militar de la OTAN sobre Yugoslavia, pues con ello se defienden los derechos humanos de los albanos-kosovares, o bien la condenan por ser impulsada por Estados Unidos, que hace de esa defensa una hipocresía (Eduardo Galeano). Asimismo, hay quienes ven con la

llegada de la OTAN la posibilidad no sólo de terminar con Milosevic y lograr la independencia de Kosovo, sino de instaurar un régimen democrático en Yugoslavia. Otros creen que la intervención militar occidental favorece las actitudes represivas de Milosevic, quien aprovecha los bombardeos aliados para profundizar su guerra de exterminio contra los albanos-kosovares.

Más allá de esa discusión —lo necesario y legítimo de la intervención de la OTAN *versus* lo condenable de ella— puede resultar interesante introducir otro elemento más al debate. Este elemento se puede formular como sigue: *la crisis yugoslava es expresión de la crisis del proyecto comunista fundado en la unidad proletaria*. Esta afirmación tiene por complemento esta otra: *Yugoslavia no se ha desintegrado a partir de 1990, pues ya estaba desintegrada durante el régimen comunista de Jossip Broz Tito, bajo cuyo mandato se creó la "ilusión" de la unidad yugoslava* (que ahora, cuando se rompe, parece sorprender a todos). Se trata de dos afirmaciones (hipótesis) absolutamente discutibles, pero que parece interesante explorar, pues con ello estaríamos evaluando de nueva cuenta las limitaciones de un proyecto histórico —el socialismo— que, amparado en la fuerza y el adoctrinamiento ideológico, quiso abolir unas identidades étnicas y religiosas fuertemente arraigadas en la mentalidad de los grupos e individuos sobre los que ejerció su dominio durante más de cuarenta años.

Dos hipótesis adicionales, también polémicas, apuntan a lo agresivo de todos los nacionalismos balcánicos y al carácter étnico y religioso casi inevitable de los conflictos entre esos pueblos. La exposición que sigue a continuación pretende aportar argumentos que den consistencia al conjunto de hipótesis que he planteado y que retomo a lo largo del comentario.

Una mirada al pasado

Ciertamente, la región de los balcanes ha sido escenario, desde inicios de la década de los años noventa, de violentos conflictos armados en los que se involucran, como elementos motivadores, factores religiosos, étnicos y grupales. El último conflicto se focaliza en la provincia serbia de Kosovo, cuya población, mayoritariamente albanesa, está sufriendo la embestida del ejército yugoslavo, cuyo líder Slobodan Milosevic tiene el firme propósito de exterminar a la mayoría que habita en la provincia.

Los medios de comunicación han seguido en detalle la crisis yugoslava, sobre todo los acontecimientos recientes, una vez que las fuerzas militares de la OTAN, encabezadas por Estados Unidos, decidieron intervenir militarmente para contener la ofensiva del ejército serbio y obligar a Milosevic a detener su ataque a Kosovo. De pronto, ante un ambiente saturado de noticias prolijas en detalles, no se alcanza a entender el origen de la crisis en los balcanes ni su sentido de conjunto. Pero no sólo eso: con ayuda de los medios se ha difundido la visión que los estrategas de la OTAN tienen del conflicto: se trata de un enfrentamiento entre el bien (los kosovares-albaneses) y el mal (los serbios), ante lo cual no ha habido más remedio que ponerse al lado del bien en contra del mal.

Pero esta lectura peca por su simplismo. Para entender la situación actual de Yugoslavia, conformada en este momento por Montenegro y Serbia, hay que remontarse a las primeras cuatro décadas del siglo XX, que es cuando se configura la Yugoslavia que se hará añicos a partir de 1991. Algunas fechas son importantes: 1917: Los eslovenos (mayoritariamente católicos), los croatas (mayoritariamente católicos) y los serbios (mayoritariamente ortodoxos) se integran a través del *Pacto de Corfú*. 1918: Bosnia, Herzegovina y Montenegro se integran al *Pacto de Corfú*. Nace así el *Estado sueslavo*. 1929: en el marco de un conflicto entre serbios y croatas —conflicto que involucra factores territoriales, religiosos y de liderazgo— emerge la dictadura



de Alejandro I, bajo cuyo mandato el conjunto de naciones recibe el nombre oficial de Yugoslavia.

Hacia finales de 1930, en los albores de la segunda guerra mundial, Yugoslavia se inclina hacia la órbita nazi. Con el Tratado Germano-Yugoslavo de 1941 —que autoriza el libre tránsito de tropas nazis en territorio Yugoslavo—, la situación interna del país se vuelve sumamente conflictiva. Las protestas populares se multiplican y aparecen en escena grupos armados contrarios al gobierno.

La yugoslavia socialista

El malestar sociopolítico interno desemboca, siempre en 1941, en una rebelión popular que obliga a los nazis a invadir el país, invasión de la que se sigue el fortalecimiento de los grupos guerrilleros que ahora tienen como bandera luchar por la desocupación de su territorio. Una de las guerrillas más fuertes es la que encabeza Josip Broz Tito —de filiación comunista—, que realiza, en 1944 y 1945, acciones militares exitosas contra las fuerzas de ocupación. Hacia 1945, las tropas alemanas están en retirada ante la ofensiva de los países aliados; las tropas soviéticas avanzan hacia los países del este Europeo (Polonia, Hungría, Rumanía, etc.), estableciendo modelos de gobierno y modelos de Estado similares al vigente en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Yugoslavia no escapa a esta dinámica: las tropas soviéticas apoyan al movimiento militar liderado por Tito, quien, en 1945, ante el fracaso de un gobierno de coalición formado tras la derrota de los nazis, asume las riendas del

poder. Nace así la República Federativa Popular de Yugoslavia, formada por Serbia, Croacia, Eslovenia, Bosnia, Herzegovina, Montenegro y Macedonia (de mayoría ortodoxa).

El mariscal Tito, apoyado por la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, implanta un esquema de poder en el cual él, en la cima de la Liga de los Comunistas, es el jefe indiscutido. La Liga de los Comunistas concentra el poder del Estado (localizado geográficamente en Belgrado) que lo somete todo a su control: las riquezas, la unidad del país, las fuerzas armadas, la educación, los medios de comunicación, los sindicatos, etc.). Tito, una figura carismática y autoritaria, no quiere que la federación Yugoslava dependa de la URSS; más aún, rivaliza con José Stalin como figura que personaliza la esencia del proyecto comunista. El mariscal yugoslavo cree que él (al igual que lo creyeron Mao Tse Tung y Ho Chi Min después) expresa mejor que nadie ese proyecto. En este marco, los comunistas yugoslavos se distancian de la influencia soviética y pretenden seguir su propio camino al socialismo y al comunismo; aquí nació un distanciamiento entre la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y Yugoslavia que, incluso, siguió a la muerte de Tito en 1980.

A finales de la década de 1980, Mijail Gorbachov pone en marcha su *Perestroika* en la URSS, la cual tiene un impacto inmediato en los países del bloque del este, cuyos regímenes políticos se ven sacudidos por drásticas transformaciones —la mayoría de ellas alentadas por las élites comunistas— que obligan a los partidos comunistas a renunciar al monopolio del poder. Yugoslavia no escapa a esta tendencia y, en 1990, la Liga de los Comunistas renuncia al poder; y es justamente a partir de este momento que se desencadenan una serie de acontecimientos que llevan a la desintegración violenta de la federación.

¿Cómo una federación que se mantuvo unida durante casi cincuenta años estalla en violentos conflictos étnicos y religiosos? ¿Cómo naciones integradas en un proyecto común terminan enfrascadas en sangrientas guerras entre ellas? Estas preguntas expresan la sorpresa que se tiene ante algo inesperado, algo que no se sabe bien de qué modo se gestó y que no se sabe cómo va a terminar.

Sin embargo, la sorpresa se disipa al caer en la cuenta de la realidad interna yugoslava durante el mandato comunista. En buena medida, la idea de

una unidad feliz de las naciones que la integraban se gestó durante esta etapa. La solidaridad proletaria, garantizada por los comunistas y plasmada en un Estado identificado con los intereses proletarios, habría acabado con los nacionalismos y los lastres religiosos propios de la prehistoria de los pueblos que conformaban la federación. En fin, la “unidad de clase” se habría impuesto sobre —y habría abolido— las contradicciones secundarias (étnicas y religiosas) que hasta entonces habían sido factores obstaculizadores del avance histórico yugoslavo.

Esta idea de Yugoslavia —la idea creada por el régimen comunista— fue la que muchos tenían poco antes de la crisis yugoslava de la década de los años noventa. Es por haber aceptado la idea de este país, forjada por los comunistas, que los sucesos que se inician en 1991 —conflicto militar entre Croacia y Serbia y posterior independencia de la primera— suscitan las más diversas reacciones de sorpresa. Con la desintegración Yugoslava lo que se quebró fue el “universalismo proletario” forjado por los comunistas; también se quebró la utopía occidental —de la cual aquel es una expresión— de que la razón era capaz por sí misma de imponerse sobre la diversidad y crear sociedades armónicas e igualitarias.

Lester Thurow ha captado bien la dinámica de los separatismos étnicos que sacuden a naciones “unidas” en el pasado por el comunismo. “Las naciones se mantienen unidas —dice Thurow— debido a los desafíos exteriores o a poderosas ideologías interiores. El comunismo fue una de estas poderosas ideologías interiores. Persuadió a los grupos étnicos a vivir juntos (si no simpatizaban entre ellos, por lo menos a tolerarse uno a otro), que nunca antes habían vivido pacíficamente juntos... Ocasionalmente, como en el caso de Yugoslavia, el comunismo fue tanto una amenaza interior como exterior. Tito utilizó la ideología comunista y la amenaza de ser absorbido por el imperio de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas de la Europa oriental, para persuadir a sus ahora grupos guerreros étnicos a que tenían que ahorcarse juntos o ahorcarse por separado. Una vez que las promesas interiores del comunismo fueron enterradas y la amenaza exterior de un soviét envolvente hubo desaparecido, los grupos étnicos fueron libres de aniquilarse los unos a los otros. Y así lo hicieron incluso cuando, para los de afuera, esos grupos les parecieran unas gentes muy semejantes” (Lester Thurow, *El futuro del capitalismo*. Barcelona, Ariel, 1996, p. 242).

Los límites del nacionalismo y el comunismo

Con la crisis yugoslava, tanto el nacionalismo como el socialismo revelan sus limitaciones más profundas. Y es que, como señala Mario Vargas Llosa, "el nacionalismo es una forma de incultura que impregna todas las culturas y convive con todas las ideologías, un recurso camaleónico al servicio de políticos de todo pelaje. En el siglo XIX pareció que el socialismo acabaría con él, que la teoría de la lucha de clases, la revolución y el internacionalismo proletario permitirían disolver las fronteras y establecer la sociedad universal. Ocurrió al revés. Stalin, Mao fortalecieron el ideal nacional hasta el chovinismo y, luego de la bancarrota comunista, es en nombre de ese nacionalismo que justifican ahora su existencia regímenes como el de Corea del Norte, Vietnam y Cuba" (Mario Vargas Llosa, *Desafíos a la libertad*. Madrid, Aguilar, 1994, p. 174).

En fin, de 1945 a 1990, suceden cosas importantes en Yugoslavia que no pueden ser pasadas por alto: (a) ciertamente, se genera una convivencia relativamente pacífica entre los pueblos que constituyen la federación, lo cual da pie al establecimiento de relaciones de amistad y matrimonio entre los miembros de los diversos grupos étnicos y religiosos, especialmente de los que habitan en las fronteras. También, en el marco de los propósitos económicos y políticos, de la Liga de los Comunistas se promueven procesos de migración que llevan a habitantes de un territorio a otro, en el cual muchas veces se convierten en minoría; (b) pese a la convivencia a la que obliga la misma estructura federada, los grupos sociales básicos (croatas, bosnios, etc.) conservan una adscripción territorial bastante delimitada; conservan además sus tradiciones culturales-religiosas y sus vínculos étnicos; (c) en 1987, cuando aún se conserva el esquema federado, se ponen de manifiesto una serie de tensiones, en la provincia serbia de Kosovo, entre la mayoría albanesa y las minorías serbias y montenegrinas. Esas tensiones hacen ver que bajo la aparente unidad yugoslava subyacen potenciales conflictos desintegradores prestos a salir a flote; (d) pese al control férreo de los comunistas, las diferencias étnicas y religiosas propias de los grupos que integraron la federación en 1946 no fueron erradicadas, sino sólo controladas por la fuerza militar, en manos de la Liga de los Comunistas y solapadas por una ideología más englobante: *el nacionalismo comunista*. Cuando éste entra en cri-

sis, no hay nada más que la fuerza militar, concentrada en Belgrado, para mantener una unidad cada vez más endeble. Al final, de lo que se tratará para el resto de naciones es enfrentar su nacionalismo (fundado en la etnia y la religión) a otro nacionalismo (también étnico y religioso): el nacionalismo serbio.

El choque frontal de estos nacionalismos lleva, como no podía ser para menos, a la desmembración de Yugoslavia: 1991: Serbia y Croacia (viejos rivales) se enfrentan militarmente, y Croacia se convierte en un Estado soberano; Serbia y Eslovenia se declaran independientes; Macedonia se independiza. 1992: Serbia y Montenegro deciden formar la República Federal de Yugoslavia; Yugoslavia entra en guerra con Bosnia y Herzegovina. 1993: Serbia es puesta en la mira de la ONU. 1996: Yugoslavia establece relaciones diplomáticas con Macedonia. 1999: el ejército serbio lanza una ofensiva contra el Ejército de Liberación de Kosovo (ELK), así como sobre la población albanesa asentada en esa provincia. La ofensiva yugoslava tiene una dimensión étnica y religiosa, como étnica y religiosa es la bandera del ELK para independizar a Kosovo de Serbia.

La intervención de la OTAN: moralidad y legalidad

En este marco, la OTAN ha intervenido para detener a Yugoslavia y al líder serbio Milosevic, en nombre de los derechos humanos fundamentales de los albanos-kosovares. Es decir, la OTAN pretende legitimar sus acciones militares en Yugoslavia amparada en un imperativo moral: el gobierno yugoslavo ha violado los derechos humanos de los albanos-kosovares, por tanto no queda más alternativa que hacerle pagar por ello. Con todo, la moralidad de la acción militar occidental queda en entredicho si se examinan innumerables casos en los cuales se han pisoteado los derechos humanos y no ha habido represalia militar contra los responsables (Chile, Chechenia, Indonesia, etc.).

Si moralmente las acciones de la OTAN tienen poco sostén, tampoco es fácil justificarlas jurídicamente. Ante la crisis yugoslava, lo único que cabía, en términos del derecho internacional, era la mediación entre las partes beligerantes; y si la mediación exigía algún tipo de presión militar, ésta sólo podía ser autorizada por la ONU. Con su decisión, la OTAN se ha puesto por encima del derecho internacional y se abroga el mandato de inter-

venir en conflictos civiles nacionales para apoyar a uno de los bandos en contienda. Como dice Noam Chomsky, "a pesar de los esfuerzos desesperados de los ideólogos para demostrar la cuadratura del círculo, no cabe duda de que los bombardeos de la OTAN están terminando de destruir lo que queda de la frágil estructura del derecho internacional" (Noam Chomsky, "Juzguemos a Estados Unidos por sus hechos y no por sus palabras". *El País Digital*, 19 de abril de 1999, p. 4).

En el fondo, la alianza militar occidental ha vendido la idea —apoyada por importantes medios de comunicación— de que en Yugoslavia hay un personaje malvado que ha llevado a sus tropas a asesinar a grupos indefensos. La conclusión es obvia: ese personaje malvado y sus huestes merecen ser destruidos. En este punto es bueno traer a cuenta las palabras de Immanuel Wallerstein cuando dice lo siguiente: "No tengo dudas de que el gobierno yugoslavo fue culpable de una conducta atroz en Kosovo, como lo fue previamente, en forma directa o indirecta, en Bosnia-Herzegovina. Sus oponentes —en este caso el Ejército de Liberación de Kosovo (ELK), y los croatas y bosnios en la guerra anterior— también fueron culpables de atrocidades. Y yo no voy a ser el que haga la cuenta para averiguar quién cometió más atrocidades que el otro. Las guerras civiles sacan fuera lo peor de cada pueblo, y las guerras balcánicas de los últimos cinco años no tienen nada distinto al respecto. Pero la justificación moral de la intervención se debilita cuando las inmoralidades no son cometidas por un sólo bando" (I. Wallerstein, "Un pretexto para la OTAN". *Opinión*, 1999).

De este modo, a la hora de acercarse al problema de los balcanes conviene no ver el asunto como una lucha del bien contra el mal. En general, todos los pueblos involucrados en las crisis que se desatan en la década de los años noventa abandonan un ideal nacionalista, revestido de tintes étnicos y religiosos, excluyente y militante. Ese nacionalismo los ha llevado a realizar las acciones más atroces contra sus "enemigos". La limpieza étnica de Milosevic —con todo lo condenable que pueda ser— es la contrapartida de la limpieza étnica que el ELK seguramente emprendería contra las minorías no albanesas de lograr la autonomía de Kosovo. Como no podía ser para menos, la guerra civil yugoslava tiene un componente étnico y religioso que la domina y le da su sentido, pero

el mismo también moviliza a los dos bandos en conflicto, así como a los pueblos respectivos.

En ese marco, la intervención militar de la OTAN lejos de contribuir a la solución del conflicto lo agudiza y hace más difícil su finalización por una vía distinta del exterminio de uno de los bandos en contienda. Esa intervención no se sostiene ni jurídica ni moralmente, por más que los voceros de la alianza militar insistan en lo contrario. En el fondo, más que razones morales o jurídicas, lo que sostiene el accionar militar de la OTAN es su pretensión (liderada por Estados Unidos) de convertirse en guardiana exclusiva del orden occidental. El mensaje debe ser claro y contundente: no se tolerará a regímenes políticos que amenacen con salirse del orden sancionado por Estados Unidos y sus aliados. El régimen yugoslavo, independientemente de lo represivo y asesino que pueda ser —el orden occidental da espacio a los asesinatos y la represión estatales—, no ha mostrado la docilidad que querían Estados Unidos y sus aliados. Así que ha llegado la hora de mostrarle quién manda en el escenario mundial, aunque los riesgos de un conflicto militar generalizado en la zona —si los rusos, en busca de un prestigio internacional perdido y teniendo en la mira algunas ganancias de la venta de armas, deciden sumarse a la contienda— sean elevados.

En definitiva, el siguiente texto de Mario Vargas Llosa resume las preocupaciones que nos han llevado a reflexionar sobre la crisis yugoslava. "Una nación —dice el escritor peruano— es una ficción política impuesta sobre una realidad social y geográfica casi siempre por la fuerza, en beneficio de una minoría política y mantenida a través de un sistema uniformizador que, a veces con mano blanda y a veces dura, impone la homogeneidad al precio de la desaparición de una heterogeneidad preexistente e instala barreras y obstáculos a menudo insalvables para el desarrollo de una diversidad religiosa, cultural o étnica en su seno. Muchos se escandalizan ahora de las operaciones de limpieza racial y religiosa de serbios contra bosnios en la desaparecida Yugoslavia, pero la realidad es que la historia de todas las naciones está plagada de salvajismos de esa índole, que, luego, la historia patriótica —otra ficción— se encarga de ocultar" (Mario Vargas Llosa, *Ibid.*, p. 172).

Luis Armando González